

## LA TRIBU

Por Antonio Diego Duarte Sánchez (27428747)

Cruzó los tres palos de la pared con otro para señalar la cuarta luna pasada desde que se habían instalado en aquel claro de la selva. Las pieles de los animales, tersas sobre el bastidor de maderas endurecidas al fuego, les protegerían del escaso relente nocturno. Estaba preocupado, pues hacía dos lunas que no había caído una sola gota de agua y los cazadores debían trasladarse cada vez más lejos para alcanzar sus piezas.

Algunas mujeres raspaban pieles mientras los tres ancianos repasaban con ojo crítico las flechas que los niños, futuros cazadores, les presentaban. Una buena flecha era algo realmente importante cuando se salía de caza; una buena flecha, lanzada por un cazador normal, marcaba la diferencia entre cobrar una pieza o recordar para siempre lo cerca que se anduvo de darle muerte.

Más ahora, cuando los animales buscaban el agua más al norte y un disparo fallado suponía una jornada más de búsqueda y de hambre. Ellos debían moverse con sus piezas o tendrían que alimentarse exclusivamente de raíces y semillas; había decidido plantearlo esa noche, antes de que el chamán hiciera su sacrificio a la Luna para que volviera a nacer y a iluminar las noches. La Luna les permitía capturar al jabalí de madrugada, mientras saciaba su sed junto a charcas y arroyos; y capturar el jabalí significaba disponer de su sangre para probar a los nuevos hombres, para pintar el rostro de los cazadores antes de salir en busca de carne.

El sacrificio del chamán serviría para conocer los designios de la Luna sobre el nuevo camino que habrían de tomar. Contaba con la oposición de los hombres más viejos; no en vano aquel territorio poseía un clima benigno que parecía haber aliviado algunos de sus achaques. El iba a plantear una larga marcha hacia el norte, siguiendo las huellas de los animales y el curso del río que, poco a poco, ensanchaba su curso. Así no les faltaría nunca el agua y, si no quedaba más remedio, siempre podrían intentar capturar algunos peces mediante las redes de esparto que les enseñaron a tejer los miembros de la tribu con la que se cruzaron veinte lunas atrás.

Aquella carne blanda, buena para los viejos dientes, no era tan sabrosa ni llenaba como la carne de gacela, por ejemplo. Un muslo de gacela bien asado con hierbabuena o menta y regado con el jugo de las bayas que las mujeres dejaban fermentar en los odres de piel.... Eso le recordaba que ya hacía más de cuatro días que no habían capturado ninguna pieza capaz de alimentar a todo el grupo. Algunos conejos, algunas hienas, ...pequeños parches que no hacían más que ralentizar la toma de una decisión que, cada vez más, iba adquiriendo el carácter de urgente. Recordó que una mujer le dijo que en este tiempo el grano empezaba a madurar y que, más arriba, podrían obtener una buena cantidad. Los hombre y los jóvenes cazadores despreciaban públicamente el grano tostado como alimento de mujeres, niños y ancianos; no obstante, se cuidaban mucho de poner un buen puñado en sus bolsas antes de salir a la caza y captura de sus adoradas y peligrosas víctimas.

Ya atardecía. Los niños se retiraron al interior de las tiendas mientras algunos de los cazadores más jóvenes hacían acopio de leña y cerveza de bayas para la reunión de la noche. Los ancianos guardaban silencio mientras, a su alrededor, todos se afanaban en alguna tarea concreta. Aquellos

viejos, el mayor de los cuales estaba a punto de cumplir cincuenta años, no hablaban mucho; transmitían la historia de la tribu por turnos, siguiendo uno de ellos el relato allá donde lo dejaba su predecesor. De ese modo se obligaban a memorizar la retahíla de signos y acontecimientos con los que narraban sus orígenes.

Una vez se sentó el último varón adulto, el chamán colocó el haz de varas atado, con la esfera de yeso en lo alto, junto al fuego, arrojando entre las brasas puñados de hierbas aromáticas y alucinógenas que desprendieron chispas multicolores y pequeñas nubecillas que esparcieron por el aire en derredor los efluvios que les sumirían en un estado general de laxitud mediante el que evitarían cualquier clase de acritud o violencia en el debate.

Todos hablarían por riguroso orden de edad, de menor a mayor, cuando su particular intermediario con la Diosa Luna decidiera que se había saciado su sed de sacrificios. Luego se volvería a ofrendar a la Diosa y se votarían a mano alzada las propuestas que se hubieran hecho. Todos, anciano, mujeres, niños y hombres sabían qué clase de decisión se tomaría esa noche. Dentro de las tiendas, fugaces miradas se perdían a través de las aberturas en dirección al lugar donde se realizaba la reunión. Dependiendo del resultado tendrían un amanecer ajetreado o normal.

Dentro del círculo, los hombres empezaron a inspirar con fuerza mientras el olor dulzón de las hierbas penetraba en su cerebro y les hacía mostrar un gesto de indolente felicidad. El más joven miembro, incorporado al consejo apenas dos lunas atrás, expresó su opinión con una mezcla de orgullo y timidez:

- Hay poca caza. No llueve. Si seguimos aquí corremos el riesgo de que desaparezcan los animales y nos tomen demasiada ventaja como para luego seguirlos. Elijo la marcha.

Dos o tres se mostraron indecisos, limitándose a dejar para más adelante una toma de postura. Los ancianos, claro está, votaron en contra, argumentando que, fueran cuales fuesen las faltas cometidas por la tribu, nunca hasta entonces había dejado la Diosa Luna de socorrerlos en sus problemas y que nada hacía pensar que dejara ahora de hacerlo.

La noche pasaba lentamente y había que tomar una decisión. Finalmente marcharían. Se partiría al amanecer. Cuatro cazadores se adelantarían medio día al resto para pistear los animales y los pasos más fáciles, regresando cada noche para informar al consejo.

Por la mañana, las mujeres tenían todo sobre las parihuelas a falta, sólo, de las tiendas. El día parecía acompañar para iniciar una jornada de marcha, el cielo despejado y una ligera brisa que se filtraba a través de los árboles incitada a caminar para conservar el calor corporal. Dos parejas de jóvenes cazadores salieron corriendo hacia el norte, adelantándose a los demás, para ir explorando el camino que habrían de recorrer y asegurándose de que no existía ningún peligro que amenazara su seguridad. Adicionalmente, aprovecharían para capturar cualquier pieza que se cruzara en su camino y que serviría para mantener alta la moral de la tribu.

Un pequeño riachuelo marcaba abruptamente el fin de la selva y el comienzo de la sabana, monótona y solo moteada aquí y allá por grupos de árboles que, indefectiblemente, eran utilizados por

camadas de leones. La tribu dobló hacia la derecha, siguiendo el curso descendente del río; más adelante, cuando alcanzaran la confluencia del afluente con la corriente principal, retomarían su rumbo norte original. Para un cazador acostumbrado a los métodos de caza en la selva, donde la técnica del acecho era la más importante, provisionarse de carne en la sabana podía ser una pesadilla interminable. Un cazador, entre la maleza, podía apostarse durante la noche junto al abrevadero de un animal, cubierto de tierra para disimular su olor, y seleccionar y matar a su víctima de un certero flechazo.

En la sabana, a no ser que uno se encontrara con un animal viejo o enfermo, rezagado, no se podía ni soñar con obtener una buena pieza si no era mediante una depurada técnica de acoso que requería la participación de todos los individuos capaces de sostener el duro ritmo de carrera, empujando al animal hacia donde los mejores tiradores esperaban con sus arcos bien tensados.

Sin embargo, no todo era tan duro en la sabana. Las grandes manadas de herbívoros se movían continuamente de un lado a otro, según la estación, y las tribus humanas tenían que seguirles pues dependían enteramente del cuerpo de los animales para cubrir sus necesidades. Tendones para las cuerdas de los arcos, huesos para hacer cuchillos, raspadores y puntas de flecha, piel para tiendas y ropas..., todas las partes de los animales eran aprovechables de un modo u otro.

Seguir el río tenía la ventaja de que siempre podrían capturar los animales cuando abrevaban. Además, siempre podrían pescar y sacar lo suficiente para seguir el camino. De cualquier forma, mover el campamento no gustaba a nadie. Los ancianos apenas podían moverse y, en ocasiones, habían de ser transportados en camilla. Las mujeres debían cargar con los niños pequeños y atender la elaboración diaria de comida. Los hombres, en fin, acostumbrados al fuerte ritmo de las jornadas en la selva, tenían que adaptarse a la calma necesaria para mantener unido al grupo.

Tras dos lunas sin parar, el paisaje se había transformado sensiblemente. Los exploradores les decían que siguiendo el curso del río hacia el norte, en ambas orillas encontrarían abundante caza y árboles frutales y raíces. Por el contrario, si se alejaban lo suficiente hacia el oeste empezarían a notar un calor abrasador y no encontrarían rastro de ningún animal. Hacia el este estaba el gran río cuya orilla opuesta no se veía y cuyas aguas fluían en direcciones distintas según la parte de él que se viera. En sus exploraciones, de lejos, advirtieron la presencia de otras personas, mas no se acercaron por ser ellos sólo dos y no estar seguros del recibimiento que les harían.

Tres días después, junto cuando las mujeres encendían el fuego para preparar la cena, apareció un grupo de hombres montados en animales parecidos a cebras pero de un pelaje gris. Aquellos hombres eran diferentes en muchas cosas: Para empezar, su piel era más clara, su cabello liso y su nariz más recta y fina. Tampoco usaban pieles para cubrirse sino unos trozos blancos y delgados que, según intentaron explicar, parecía ser que obtenían de unas plantas. Cubrían sus pies con cueros y sus plantas quedaban separadas del suelo por un grueso trozo de madera.

Parecían sorprendidos por haberles encontrado allí. No hablaban su misma lengua y, por señas, pudieron invitarlos a pasar allí la noche y compartir su fuego y su comida. Los recién llegados les ofrecieron unos vegetales que sacaron de las bolsas que colgaban de los costados de los animales. Eran unos frutos blancos y verdes y tenían un sabor picante y dulce. Al acercárselo a la cara, todos notaron, espantados, que sus ojos les lloraban sin estar tristes mientras sus huéspedes no podían contener la risa. Finalmente, uno de ellos extrajo un pequeño cuchillo de la bolsita que colgaba de su

costado y cortó el vegetal en pequeños pedazos que mezcló con trozos de una sustancia redonda y marrón. Repartió las porciones entre todos los hombres que, asombrados, comprobaron el sabroso sabor de la combinación que se les ofrecía.

A la mañana siguiente, los hombre indicaron el norte a sus huéspedes y éstos, señalándose a sí mismos y con gestos de exageración, les informaron de la existencia de gran número de personas como ellos. La tierra junto al río empezaba a ofrecer un aspecto curioso, dividida a intervalos regulares y con hileras de vegetales dispuestos ordenadamente. Una serie de canales llevaban agua desde el río al interior de las hileras y los animales estaban encerrados tres muros hechos de barro y paja. La tribu lo miraba todo con los ojos muy abiertos. Hombres y mujeres como los que habían recibido en su campamento la noche anterior entraban y salían de unas cosas con agujeros por cuya parte superior salía humo....

Caminaban por una senda ancha y lisa que mostraba, junto a las huellas de animales y personas, surcos rectos que parecían perderse en la distancia. A lo lejos, apoyados en lanzas de punta alargada y empuñando escudos, dos hombres les señalaron e intercambiaron algunas palabras. Uno de ellos salió corriendo hacia donde se elevaban las columnas de humo. Al poco, veinte o treinta hombre armados con lanzas y mazas salieron corriendo hacia ellos con gesto amenazante y profiriendo gritos.

Los cazadores se dieron cuenta de que aquellos hombres no les querían allí y les atacaban; se aprestaron a la defensa. Apenas les dio tiempo a lanzar dos o tres flechas que fueron neutralizadas por los escudos. Sus lanzas también resultaron inútiles ante aquellas defensas que, bajo la tensa piel, mostraban un tejido de cañas que retenían las puntas de las lanzas el tiempo suficiente como para permitir a sus propietarios contraatacar, hincando su lanza o golpeando con la maza.

Tras un buen rato, durante el cual los cazadores se defendieron con desesperación, el superior armamento y disciplina de los hombres de tez más clara se impuso. Ataron sus pies con cuerdas que apenas les permitían andar con comodidad. Ataron sus manos a la espalda, dejándoles indefensos y, por último, rodearon sus cuellos con cuerdas y les pusieron en hilera. Con las cañas de las lanzas les golpearon, obligándoles a andar, mientras una parte de sus captores reducía a las mujeres y los niños y mataba a los ancianos.

Los cazadores, finalmente, habían hallado la civilización.

FIN